

JULIA RUPÉREZ GONZALO

EL MONSTRUO DEL BOSQUE
Y LOS MONSTRUOS DE LA CIUDAD



**EL MONSTRUO DEL
BOSQUE Y LOS
MONSTRUOS DE LA
CIUDAD**

EL MONSTRUO DEL BOSQUE Y LOS MONSTRUOS DE LA CIUDAD

Julia Rupérez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©Julia Rupérez, 2022

©Ilustración y maquetación de cubierta: Eicinic @awildes_, 2022

©Edición y corrección de texto: Elia Vela Laviña, 2022

©Ediciones Dorna, 2022

www.edicionesdorna.com

Impreso en España por Podiprint

ISBN: 978-84-124737-7-3

IBIC: FM

Aviso de contenido sensible: muerte.

Si necesitas más detalles sobre contenido sensible contáctanos en nuestro Twitter [@EdicionesDorna](https://twitter.com/EdicionesDorna) o nuestro Instagram [@edicionesdorna](https://www.instagram.com/edicionesdorna).

Capítulo I – Los niños del pueblo

En el bosque vivía un monstruo y los monstruos siempre tienen hambre. Nadie recordaba cuándo había llegado, solo que al principio campaba a sus anchas y devoraba tierra, ganado y personas por igual. Aunque muchos intentaron derrotarlo, los ataques únicamente consiguieron despertar su ira.

Cuando el monstruo, intacto, se calmó y se retiró a su guarida, los habitantes de la zona se reunieron para tomar una decisión. No podían combatirlo, así que se decantaron por una nueva estrategia: colmarle de regalos, súplicas. Enviarían a alguien joven y tierno, de carne blanda y alma bondadosa, alguien a quien pudieran convencer para actuar por el bien común. Prepararon los presentes con mimo y temor, se los entregaron al elegido y este marchó hacia el bosque, sospechando que la ofrenda no eran tan solo los regalos.

El monstruo rio miles de carcajadas a la vez y aceptó el trato, pero en sus propios términos: la ofrenda le pertenecía y nadie podría quitársela.

Al principio, nadie regresaba. Pasado un tiempo, alguno de los más cándidos elegidos salía del bosque tal y como había entrado, y los vecinos creían haber dado en el clavo con la combinación exacta entre los presentes que agradaban al monstruo y el tipo de persona que le caía en gracia, por lo que repetían la jugada una y otra vez hasta que al elegido se le agotaba la suerte.

Establecieron reglas. Nunca niños: ¡dejadlos disfrutar un poco de la vida (aunque no la disfrutaban porque tenían miedo)! Nunca adultos: ya habrían visto marchar a muchos y vivirían con el peso de aquellos chavales que eran como ellos y se marcharon para no volver, con el alivio por

haberse librado cuando no conocían al elegido y con la culpa de haberlo hecho cuando sí. Nunca ancianos: se habían ganado el descanso, y los años les habrían vuelto lo suficientemente sabios como para participar en la toma de decisiones.

Con el tiempo, muchos habitantes de los pueblos cercanos al bosque huyeron a las ciudades, a la capital, enorme y lejana como un bello espejismo. Allí se estableció entonces el Comité, encargado de seleccionar a los mejores candidatos para servir al monstruo; se crearon tribunales y papeleos infinitos que padres, maestros y vecinos de los jóvenes rellenaban con temor año tras año.

Los elegidos servían para ganar tiempo, pero, al final, el monstruo siempre se cobraba sus tributos.

No quedaban muchos niños en Bosquejo. Hacía mucho que quienes podían permitírselo se habían mudado a la ciudad persiguiendo un sueño: una vida mejor, más cómoda, menos agotadora.

Una vida lejos del monstruo.

En teoría, la posibilidad de salir seleccionado seguía existiendo allá donde se fuese. En la práctica, eran los pueblos fronterizos quienes, cada pocos años, veían marchar a un vecino, gente a la que conocían de verse cada día durante toda la vida o de encontrarse ocasionalmente en las fiestas o el mercado de mediados de semana.

Había pasado mucho tiempo desde la última vez que el elegido había venido de fuera. Lo habían instalado en Bosquejo, como siempre, porque contaba con la entrada más directa al bosque, y apenas había durado unos pocos días antes de ser devorado. En ese tiempo, los lugareños apenas interactuaron con él. No tenía sentido encariñarse con un condenado a muerte.

La primera vez que eligieron a alguien y fue lo suficientemente mayor como para comprender lo que significaba, Hal se echó a llorar. Le había tocado a una chica

del pueblo vecino que solía regalarle alguna fruta en los días de mercado. Se llamaba Enia, sonreía mucho y siempre tenía algo agradable que decir. Había tenido toda la vida por delante, pero ya no.

Después, en casa, les había preguntado a sus padres que por qué no se mudaban ellos, como hacían otros. Todo el mundo sabía que las posibilidades de resultar elegido se reducían cuanto más se alejaban de allí, y, de todas formas, ¿quién querría vivir cerca de la guarida de un monstruo?

Ellos se miraron y les costó un mundo responder. Su padre le dio un abrazo, su madre un beso en la frente.

—No podemos, Hal. Lo siento.

No había respuesta más simple y dolorosa. Se mudaban los que podían, los que contaban con alguien que los ayudase a buscar casa, a instalarse, los que encontraban un trabajo de antemano. Ellos no podían irse sin planear nada y las únicas certezas que tenían en la vida eran las casas viejas de los padres de unos y otros, las tierras, las plantas que crecían, daban fruto, se secaban y se sembraban para empezar de nuevo el ciclo. Nada más. Lo habían intentado, pero nunca habían conseguido nada más. Ni siquiera trabajar en las fábricas de las ciudades cercanas aseguraba que pudieran marcharse algún día. Se daban muchos casos así por la zona, gente que cada día recorría el camino para ir a currar y regresaba a última hora de la noche pero nunca tendría suficiente para salir de allí. Estaban condenados a quedarse.

Quienes no deberían irse pero tampoco querían quedarse podían arriesgarse, aunque era una opción difícil. Marcharse sin los permisos necesarios traía consecuencias. Significaba dejarlo todo atrás, ser consciente de que, si uno salía elegido y no lo encontraban en su lugar, los demás pagarían el precio. Así, los pocos que pese a todo decidían hacerlo jamás volvían, ni se sabía más de ellos. Ya no pertenecían al pueblo, aunque tampoco formarían nunca parte de la ciudad ni tendrían una vida fácil allí. Pero por entonces Hal no sabía

nada de eso, ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de huir por su cuenta y abandonarlos a todos.

Sí que sabía, al menos, que sus padres querrían ofrecerle más, que marcharían en su lugar si fuese seleccionado y si se lo permitieran. Tras perder a tantos amigos y conocidos, lo que más temían era perderlo también a él.

Así que, aunque Hal era un enano que no entendía cómo funcionaba el mundo, se dijo que tenía que haber alguna alternativa y tomó una decisión: no haría sufrir a sus padres.

Haría todo lo posible por no ser elegido.

Durante días y días se dedicó a sonsacarle a todo el pueblo los detalles: quiénes y cómo habían sido los elegidos de los últimos años, las condiciones a cumplir, los papeleos del Comité, las entrevistas. Al verlo tan pesado no le dejaron ni acercarse a la elegida; no querían que la molestara. Decían que necesitaba descansar de sus visitas al bosque.

No comprendió ni la mitad de las cosas que le contaron, pero creyó entender lo suficiente como para que se le ocurriese una idea que merecía la pena probar. No tenía nada que perder.

Al día siguiente, Hal reunió a sus amigas y al resto de niños del pueblo en las piedras del camino que daba al bosque.

Para los pocos críos que quedaban en Bosquejo, apenas una decena, así apiñados parecían un grupito bastante grande. Los más mayores los miraban con burla a pesar de que aún no habían dicho nada y los más pequeños con miedo, como si temiesen que su plan consistiera en lanzarlos al bosque, donde tenían prohibido entrar, para que el monstruo se empachase con ellos.

Nada más lejos de la realidad. Hal creía que su idea los salvaría a todos.

—Um. Ey. —Hablar nunca había sido lo suyo. Se conocían desde siempre, pero no era lo mismo saludarse por la calle o responder en clase o jugar en el patio que plantarse en el

centro del círculo para explicar lo que se le había ocurrido—. A ver, es que... desde la última elegida... he estado pensando que nosotros estamos aquí porque no podemos irnos a otro sitio, y a lo mejor un día nos eligen y no quiero.

—Guau, ¿se te ha ocurrido a ti solito? —soltó una de las chicas mayores.

Su gemela puso los ojos en blanco y su mejor amigo le rio la gracia. Al instante, Jara le pegó un pisotón, pero por suerte Mar se metió en medio para separarlas antes de que se enzarzaran en una pelea.

—¡Jo, no os peleéis! —se quejó, y arrastró a su amiga del brazo hasta sentarse junto a Neria, que esperaba pacientemente a que pararan de hacer el tonto—. ¡Si os peleáis se hará tarde y tenemos que terminar pronto y volver a casa!

—Uuuh, cuidado, que vas a llegar cinco minutos tarde y tus papis te van a echar la bronca —le pinchó Nael, buscando gresca para intentar demostrar que estaba la altura de Cala.

Sin embargo, Hal aprovechó el momento para interrumpirlos:

—¡En realidad...! Lo que he pensado es que tenemos que enfadar a nuestros padres. —Uno de los dos niños más pequeños soltó una exclamación de horror. A él también le parecía mal, impensable, pero precisamente por eso funcionaría—. Al monstruo le gusta la gente buena, ¿no? Eso dicen siempre los mayores. ¡Entonces, es fácil! Si somos malos, el monstruo no nos querrá.

Los adultos lo decían todo el tiempo: el monstruo prefería jóvenes de alma bondadosa, y se comía de inmediato a los que no cumplían sus requisitos.

También le habían repetido hasta la saciedad que vendría a por él si no se portaba bien, aunque ahora sabía que el monstruo nunca salía del bosque y que solo lo decían para que se asustase y se comiera las verduras o se fuera a dormir a la hora que tocaba.

—Pero yo no quiero enfadar a mis padres —protestó Mar.

—Nadie quiere —replicó Neria. Se había sentado con mucho cuidado para no mancharse—. Nuestros padres tampoco quieren que nos elijan, pero pasará de todas formas.

Ante la certeza indiscutible con la que habló, Valdin, el otro niño pequeño, se puso a lloriquear porque no quería que se lo comiera el monstruo, y pronto su amiga Zoina siguió su ejemplo. Mar intentó tranquilizarlos.

En cambio, los preadolescentes se revolvían y cuchicheaban entre ellos. Eran tres: Cala, una tormenta de doce años; Azún, su hermana gemela, que ni hablaba mucho ni lo necesitaba para imponerles; y Nael, que se las veía y se las deseaba para seguirles el ritmo.

Aunque siempre se dividían en grupitos, los nueve iban a la misma clase, la única de su colegio, donde la profesora les enseñaba por turnos.

No todos eran amigos, pero estaban juntos en eso.

—No es *tan* mala idea —admitió Cala al final, como si no fuese la única que tenían. En cualquier caso, Hal se lo tomó como una victoria, porque ganarse su favor no era fácil. Era una chica brusca que se burlaba o decía cosas bonitas según le diera el aire, y los demás niños la admiraban—. ¿Has pensado algo más aparte de eso, o...?

—Ah, no, quería decíroslo y pensar entre todos...

—Vamos, que no sabes cómo ser malo.

Él se encogió de hombros. Lo único que se le ocurría era desobedecer a sus padres, pero daba por hecho que no sería suficiente.

Si lo fuera, nadie se iría.

Cala resopló.

—En fin. Podemos empezar por lo que has dicho, enfadar a nuestros padres. Pero no un día ni dos, ni un ratito y luego ir a disculparse enseguida, ¿queda claro? —Sonaba como una amenaza. Su gemela estaba muy seria; parecía dispuesta a partir dientes si alguien no cumplía su parte—.

Tampoco vale explicárselo. Eso los tranquilizaría y el Comité se daría cuenta en las entrevistas. Tendremos que planear gamberradas y poner el pueblo patas arriba, así escribirán en los informes que somos horribles y el monstruo se enfadaría si nos eligieran.

Invitar a los mayores había sido una buena idea. Se notaba que eran más listos, o que habían visto más cosas, a más gente ir y no volver. Que estaban más cerca del peligro y necesitaban una salida cuanto antes.

Se quedaron hablando hasta tarde, tomando decisiones, trazando planes. Lo hicieron a propósito. Tenían mil cosas que hacer, mil tareas de las que escaquearse: deberes, poner la mesa, ayudar con la cena... Si no querían acabar siendo un sacrificio, debían empezar cuanto antes, esforzarse en ser tan, tan terribles que ni siquiera el monstruo los quisiese cerca.

—No me parece buena idea —repitió Mar por enésima vez.

Jara puso los ojos en blanco, pero Neria le sonrió con dulzura y la tranquilizó con lisonjas como había hecho todas las anteriores.

Los mayores montaban guardia y distraían a los adultos cercanos, fingiendo que no pasaba nada. De los pequeños se habían librado con la excusa de que serían demasiados, aunque en realidad era porque sabían que los delatarían enseguida, queriendo o sin querer.

Al fin y al cabo, soltar a las gallinas de los padres de Nael no era moco de pavo.

Casi todo el mundo contaba con algún animal de granja: un par de gallinas, una vaca, algunas ovejas..., pero Sierre y Linda tenían una cantidad de aves de corral nada desdeñable y prácticamente abastecían a la comarca entera.

Nael protestó mucho al principio, porque, aunque todos saldrían malparados, la peor parte se la llevaría él, que por algo era su hijo. Sin embargo, el miedo al monstruo pesaba

más, y para librarse de él debían portarse mal. No lo harían si no tuvieran una buena razón.

Así que, mientras Cala, Azún y Nael se aseguraban de que nadie se acercara al corral, Hal y sus amigas se escabulleron para abrirlo.

Esperaban algo grande, una avalancha de caos y destrucción y gallinas enfurecidas. La decepcionante realidad fue que los animalillos permanecieron en el corral, cacareando y picoteando su comida y las piedrecillas del suelo.

—Uh —soltó Mar, preocupada—. ¿Y ahora...?

Hal y Neria se miraron. El chico dio un pisotón fuerte cerca de una de las gallinas con la intención de asustarla, pero esta solo se detuvo, le miró un instante con unos ojos negros como el vacío mismo y luego siguió a lo suyo.

—Um.

Seguían pensando cómo espantar a esos bichos que no les tenían ningún miedo cuando Jara dio con la solución y, sin mediar palabra, le dio un puntapié a la gallina más rechoncha que encontró. Todos los presentes la miraron con horror antes de centrarse en algo todavía más terrible: la encolerizada gallina y sus compañeras, que por fin decidieron moverse, hechas un torbellino furioso de alas y picos y plumas.

—¡Corred!

Huyeron del corral en estampida, entre gritos y carcajadas histéricas. Neria agarró a Jara del brazo para que no se quedase rezagada y, aunque Hal le gritó que tirara hacia delante, Mar trató de cerrar la puerta para cortarle el paso a las gallinas. No lo consiguió, así que se hizo un ovillo, esperando a que pasaran de largo.

Eso hicieron, ya que quienes las habían enfadado seguían corriendo frente a ellas en línea recta. Los niños irrumpieron en la calle sin parar de chillar, alertando a los adultos que había en las cercanías y a sus cómplices, que echaron a correr también sin pensárselo dos veces.

En cuestión de minutos, los pequeños delincuentes se habían dispersado, dejando a su paso una estela de adultos cabreados y gallinas rabiosas. Corrieron y corrieron, corrieron hasta las afueras, hasta su punto de encuentro junto al bosque, riéndose y con la respiración entrecortada, y se detuvieron allí como si quisieran gritarle al monstruo: «¿Lo has visto? ¡Somos niños malos, así que no somos para ti!».

Entre carcajadas, Cala comentó, impresionada:

—No lo habéis hecho tan mal.

—Bueno. Hemos perdido a Mar —repuso Hal.

Le sabía fatal haberla abandonado, porque sería la primera en llevarse la bronca, pero desde el principio el plan consistía en huir y esconderse, dejar que pasara un buen rato y que así se enfadaran todavía más. Aunque por eso no tenían que preocuparse: habría bronca para todos. Y, aun así, no sería suficiente. No bastaba con una trastada puntual. Necesitaban muchas más, necesitaban que los adultos pensaran que no tenían remedio, que no les quedara otra que reflejarlo en los papeleos de la capital y en las entrevistas con los funcionarios.

Sin embargo, para ser sinceros, aquella fue su peor trastada, la que más recordarían sus vecinos con el paso de los años. Tampoco pudieron repetirla, pues desde entonces los padres de Nael comenzaron a cerrar el corral con llave y la mantuvieron lejos de su alcance.

Pero eso no les preocupaba. Había otras mil pequeñas cosas que podían hacer, y querían creer que, si iban apilándolas una a una, al final acabarían con una montaña imposible de ignorar.

A veces no quedaba otra que echar una mano.

Había tareas a las que Hal no ponía demasiadas pegas. El huerto le gustaba. Sobre todo cuando se acercaba la época de cosecha, porque eso significaba comida rica y no había

nada mejor que un trabajo por el que pronto se obtendría una recompensa.

Había que quitar las malas hierbas que crecían en todas las estaciones, hiciera frío o calor, amenazando con ahogar a las plantas buenas. Había que regar, especialmente si pasaba tiempo sin llover, aunque eso no podía hacerlo sin que alguno de sus padres le echara una mano.

—Ten cuidado con la mata de pepinos —le señaló su padre—. Si la pisas se enfadarán y saldrán amargos.

Hal le miró con los ojos muy abiertos.

—No es verdad —protestó, aunque su padre tampoco tenía por qué mentirle. No solían mentirle en casa. No lo habían hecho cuando preguntó por qué no se marchaban, ¿por qué iban a hacerlo por una simple planta?

El hombre le devolvió la mirada con las cejas alzadas y encogió un poco los hombros, como diciéndole que allá él, pero se lo pensó mejor:

—Eso me han dicho siempre, yo de ti no me arriesgaría. Nos los vamos a comer, así que mejor no hacerlos enfadar, ¿no?

Eso tenía sentido, así que Hal asintió, convencido.

Precisamente por eso, después, cuando se reunió con sus amigos, tenía muy claro cuál sería su siguiente paso.

—Vamos a enfadar a los pepinos —anunció.

Los demás no lo veían tan claro. Azún puso cara rara, como si le hubiera hecho chupar un limón. A su lado, Cala tenía el ceño fruncido y parecía querer decir algo, probablemente malo, así que Hal repitió lo que le había contado su padre para que lo entendieran mejor. Nael se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas y Jara le dio una patada en la espinilla, pero ni siquiera eso consiguió detenerlo.

—Vale, ya lo pillo. Creo que esto podéis hacerlo vosotros solos, ¿no? —dijo Cala al fin, confiándoles la misión.

Era cierto. Además, después del incidente de las gallinas, ningún adulto se fiaría si los veían a todos juntos, sobre todo

si los adolescentes los acompañaban. Si solo estaban los más pequeños, en cambio, podían fingir que estaban jugando al escondite y habían terminado allí por casualidad.

—¡Vale! —asintió Hal, aceptando la misión.

Zoina y Valdin le corearon, contentos porque no los dejaran de lado como la otra vez. Aunque eran más pequeños, tenían que ir sumando méritos para que nadie pensara que serían un buen sacrificio para el monstruo.

Hal empezó a trazar el plan, señalándoles cuándo creía que podrían colarse al huerto sin ser vistos, y Jara aprovechó para acercarse a Neria.

—Ey. —Quería decir algo más, pero no supo qué. Neria tenía una expresión extraña, con las cejas rubias muy fruncidas y los labios un poco torcidos en una mueca que se le marcaba en las mejillas—. Estás muy callada.

La niña le sonrió y le quitó importancia, aunque no parecía muy convencida. Jara supuso que se estaría planteando lo mismo que Zoina, que preguntaba:

—Pero si los pepinos están amargos, ¿luego tendremos que comérmolos igual?

Era una duda legítima, y Hal asintió con solemnidad. Zoina y Valdin recibieron la respuesta con un gesto de disgusto.

—No creo que nos libremos de comerlos si están malos por nuestra culpa —señaló Mar con cara de circunstancias.

A ninguno le hacía gracia la perspectiva de comer verdura enfadada, pero al final decidieron que merecía la pena si hacían enfadar al pueblo entero, así que quedaron a la tarde siguiente para llevar a cabo el plan.

Cala y Azún se desentendieron por completo después de encargarles la tarea, pero, tras mucho insistir y decirle que se sentían más seguros si estaba él para supervisarlos, consiguieron que Nael los acompañara. Era un poco más mayor que ellos, pero no llamaría tanto la atención como las gemelas. Además, aunque se habían hecho los valientes

diciendo que ellos solos podían, se quedaban más tranquilos si estaba uno de los mayores.

Colarse en el huerto fue sencillo, quizá porque nadie creería que fueran a armarla allí. Soltar a las gallinas se veía enseguida, mientras que lo único que podían hacer allí era destrozar las plantas, y los adultos pensaban que aún les quedaba algo de sentido común. Tampoco era mentira: a ninguno se le ocurriría cargarse la cosecha. Solo querían enfadarla un poco.

La teoría les había quedado clara, pero una vez frente a las plantas no sabían muy bien qué hacer. Hal pisó tentativamente la esquina de una de las grandes hojas.

—¡Tienes que pisarla bien o no funcionará! —protestó Jara, dándole un empujón y pisoteando con saña ante la mirada preocupada de Mar, que murmuró, nerviosa:

—Por favor, no te cargues la planta...

Neria rio y se acercó a Jara para asegurarse de que no se emocionara más de lo debido en su afán destructivo. Zoina y Valdin también se animaron, e incluso Nael le soltó un pisotón a una de las hojas para que no dijeran que solo había ido a mirar.

No estaban seguros de cuánto rato tenían que pisar para que las plantas se enfadasen ni si lo estaban haciendo bien, así que llegó un punto en que era difícil tomárselo en serio y los murmullos y preguntas se convirtieron en risitas cada vez más altas.

Callaron todos de golpe cuando el padre de Hal se asomó a ver qué pasaba, qué eran esas voces en su huerto. Se había temido lo peor, por lo que encontrarse al corro de niños congregado alrededor de la mata de pepinos lo descolocó un poco. Su hijo le miró con horror, como si le hubiera pillado haciendo algo terrible.

—¡Pero bueno! ¿Se puede saber qué hacéis? ¿Hal? — Como su hijo no contestó, se dirigió hacia el más mayor de los presentes con el rostro serio y el ceño fruncido—. ¿Y bien, Nael?

El chico abrió la boca y la cerró de nuevo. Miró discretamente al resto de niños, que se habían refugiado a su espalda esperando que eso les ahorrara parte de la bronca. Si estaban con un mayor, el mayor era el responsable. Eso iba así y punto.

—Estábamos jugando aquí y había... una araña enorme. De las que pican.

El hombre enarcó una ceja.

—¿En serio? ¿Solo una? ¿Y siendo tantos no habéis podido con ella? —Sacudió la cabeza—. Qué cosas, ¿eh?

Avanzó un paso para echar un vistazo a la planta. Esperaba encontrarla destrozada, pero apenas tenía un par de hojas rotas. Relajó un poco los hombros y se giró hacia los niños.

—Qué cosas, sí. Venga, chavales, fuera de mi huerto, y que no vuelva a veros aquí dentro. No me hagáis poner una cerca. —Alzó las manos para indicarles que fueran saliendo—. Vamos, todos fuera. Menos tú, Hal —añadió antes de que su hijo se escabullera.

Aunque los demás vieron su cara de circunstancias, jamás le llevarían la contraria a un adulto, por lo que no les quedó otra que abandonarlo a su suerte, como habían hecho con Mar en el corral. Al fin y al cabo, ya venían preparados para los resultados de sus fechorías.

Hal levantó una mano con el símbolo de la victoria para que no se preocuparan y la escondió enseguida.

Luego se dejó llevar a casa por su padre, que no dijo nada hasta que entraron. Su madre no estaba. Probablemente andaría liada haciendo recados por el pueblo.

—Hal, no sé qué pretendáis, pero hay cosas con las que no se juega. No quiero volver a veros en el huerto —repitió, muy serio—. Mírame. Mírame a la cara, Hal. —El niño tragó saliva y obedeció—. ¿Lo entiendes? —Un asentimiento fue su única respuesta—. Bien. Entonces no le diré nada a tu madre. Solo por esta vez.

No esperaba librarse tan fácilmente, así que asintió de nuevo, un poco sorprendido, e incluso lo ayudó a preparar la cena.

Estaban en ello cuando se atrevió a preguntar, considerando que había pasado suficiente tiempo y ya no sería tan sospechoso:

—¿Tú crees que los pepinos se habrán enfadado?

—¿Qué?

A la hora del recreo, si se ponían de acuerdo para jugar todos juntos, siempre jugaban al Monstruo y el Elegido. Tenía pocas normas: bastaba con correr y no pensar demasiado. Además, como admitía cuantos participantes se quisieran, era ideal para un grupo tan grande.

Dejó de ser lo mismo tras poner en marcha su estrategia. Seguía siendo un juego, pero ahora se lo tomaban más en serio. Perder dolía como un mordisco en la yugular.

Había cosas que no cambiaban: nadie quería ser un sacrificio, nunca, y en eso consistía; en correr para evitarlo, en escapar y sobrevivir.

El monstruo del bosque tenía que cazar a los aldeanos. Cuando atrapaba a uno, este se convertía en elegido, y, por lo tanto, debía cooperar con él para pillar al resto. Los siguientes aldeanos en caer no tomaban el rol de elegidos; simplemente iban siendo eliminados. Así, el primero en ser atrapado estaba condenado a acompañar al monstruo hasta el final del juego, aunque eso no significaba que compartiera su victoria.

Nadie quería ser el elegido, pero ahora había veces en las que Hal prefería el papel de monstruo del bosque, y no era el único. Solo el monstruo era libre, aunque tuviera que correr igualmente. Tampoco tenía que preocuparse de que lo persiguieran, porque los aldeanos no podían matarlo. Nadie podía matarlo.

Al final, el monstruo siempre ganaba la partida.

Si alguno de los mayores decidía que quería ser el monstruo resultaba imposible disputarle el cargo, y todos ellos cazaban sin piedad. Las gemelas eran imparables, pues una solía ser el monstruo y la otra, la elegida.

En una de esas ocasiones, Hal se escondió y creyó estar a salvo, pero oyó ruidos y decidió cambiar de escondrijo para esquivar a Cala, momento que Azún aprovechó para placarlo y lanzarlo al suelo. Su hermana acudió con gritos victoriosos y a él, aldeano cazado, no le quedó otra que reunirse refunfuñando con los demás eliminados.

En cambio, cuando eran aldeanas siempre escapaban juntas, y a veces hasta se las arreglaban para mantenerse a salvo el tiempo suficiente como para que la maestra los reclamara.

Hal prefería ser monstruo del bosque a aldeano, cuyo destino era vivir con miedo y huir, ser convertido en elegido o ser cazado, pero se le hacía un nudo en la garganta cuando le tocaba cazar a su elegido. Condenar a alguien, o ver cómo desaparecían los aldeanos uno a uno, le daba ganas de llorar. Se esforzaba en no pensar y corría y corría sin mirar atrás. Se decía que la próxima vez propondría jugar a otra cosa, aunque eso no arreglaría nada.

No era más que un juego, pero seguirían jugándolo el resto de sus vidas.

Soñó que una oscuridad infinita se lo tragaba sin remedio y despertó empapado en sudor. También temprano, demasiado temprano Empezaba a salir el sol, así que podría dormir un poco más, si quisiera. Sin embargo, se sintió incapaz de volver a la cama.

Pocas veces se levantaba antes que sus padres. Normalmente se hacía el remolón incluso cuando le despertaban. Antes, en las escasas ocasiones que salía de la cama por voluntad propia, aprovechaba para correr las cortinas de la cocina e ir poniendo la mesa para el

desayuno, comprobar si quedaba pan, hacer todo lo que pudiera para quitarles un poco de trabajo a sus padres.

Aquella mañana avanzó arrastrando los pies hasta la cocina, sigiloso como un gato. No describió las cortinas; la luz las atravesaba de todas formas, convirtiendo la sala en un juego de sombras y destellos, e iluminaba lo suficiente como para manejarse.

Sacó el mantel y lo colocó con esmero. Era demasiado grande y él demasiado pequeño, así que tuvo que rodear la mesa y tirar de las esquinas para ajustarlo. Después sacó las tazas, los cubiertos y finalmente los platos, subido a un taburete para alcanzarlos.

Ya en el suelo, colocó cada cosa en su sitio hasta que solo quedó un plato. Lo sostuvo entre las manos. Era el suyo. En realidad, sería de cualquiera hasta que lo colocara en la mesa, igual que cualquiera podía ser elegido hasta que por fin se anunciase el nombre.

Apenas se dio cuenta de que crispaba los dedos hasta que el plato se le cayó al suelo y el ruido del impacto le sobresaltó. Contempló el desastre a sus pies. Un trocito de cerámica se le había colado en la zapatilla.

En lugar de agacharse para sacárselo, cogió otro plato, pensativo.

Su madre llegó justo entonces, acelerada y con el pelo revuelto, desvelada por el estruendo. Probablemente su padre también estuviera levantándose, pero ella había sido más rápida.

—¡Hal! Ten cuidado, no te cortes. Quédate quieto y no intentes recogerlo, anda, voy a por la escoba...

Se miraron durante un instante que pareció eterno. Aunque su madre le vio las intenciones, no llegó a tiempo de detenerlo. Dio un paso y el niño estrelló el otro plato contra el suelo. La mujer masculló algo y avanzó otro paso hacia él, que echó a correr, rodeando la mesa y tirando del mantel hasta arrastrar todo lo que había colocado encima: los otros dos platos, los vasos, los cubiertos, creando un

estruendo dispar y desagradable como los dientes del monstruo al masticar.

Consiguió escabullirse mientras su madre se esforzaba en esquivar el puntiagudo desastre del suelo sin cortarse. En ese momento, su padre cruzaba la puerta con unas ojeras infinitas, lo que le hizo sospechar que no había dormido muy bien. Eso explicaría por qué no había acudido enseguida al oír el escándalo.

Y eso fue lo que le salvó, porque el sueño le impidió reaccionar al grito de su mujer, con lo que Hal se escurrió como un zorro hasta su cuarto. Allí, cerró la puerta de un portazo y se sentó al otro lado para bloquearla.

Oyó pasos furiosos por el pasillo, a su padre preguntando qué había pasado y su madre mascullando:

—Tu hijo, que se ha levantado con ganas de romperlo todo. —Y golpes en su puerta, secos y graves—. ¡Hal, abre ahora mismo! ¡Hal!

Se esforzó incluso más en mantenerla cerrada, aunque sus padres tampoco pusieron mucho empeño en abrirla. Les sería fácil, si quisieran, porque era un chaval flacucho y ellos dos adultos. Sin embargo, se limitaron a dar unos cuantos golpes que no le hicieron perder su posición. Las broncas de sus padres nunca subían demasiado de tono, pero Hal tampoco había hecho nunca nada malo adrede, para hacer daño, para molestar, y temía que eso marcara la diferencia.

Sus padres no entendían qué estaba pasando, o quizá sí lo entendían y les molestaba que lo intentase aun sabiendo que no serviría para nada. De hecho, años más tarde, cuando ambos ya ignoraban sus trastadas, Hal tendría la impresión de que habían tirado la toalla, y eso sería peor que los gritos, porque entonces las travesuras que debían señalarlo como chico malo se convertían en otra cosa, en pura rabia, en un chillido angustiado: «¡Miradme! ¡Miradme mientras aún estoy aquí!».